

La crisis actual en perspectiva

The current crisis in perspective

Mercedes Verdugo-López / verdugomercedes5@gmail.com

Universidad Autónoma de Sinaloa, México



Touraine, Alain (2011), *Después de la crisis. Por un futuro sin marginación*,
Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades
2010, Madrid: Paidós, Colección Estado y Sociedad, 176 pp.
ISBN: 978-84-493-2538-0.

La perspectiva sociológica de Alan Touraine, en torno a la actual crisis financiera global que afecta principalmente a Europa, se plasma en este libro donde acuña una nueva categoría: la “situación postsocial”. Con este término denomina el fin de la sociedad posindustrial, situación generada por la especulación que entraña el capitalismo financiero, el cual, dice, no produce nada y, en cambio, destruye la fuerza productiva de la economía y de la sociedad.

El autor expone sobre la necesidad urgente de análisis generales para responder a la crisis en curso, lo que justifica, según él, este tipo de empresa intelectual “de alto riesgo”, dado que los análisis más próximos a la coyuntura actual no ofrecen resultados lo suficientemente sólidos para orientarnos. De ahí la importancia de conocer el trabajo que aquí reseñamos.

Premisa y objeto del análisis

La premisa de la cual parte Alan Touraine plantea que las crisis recientes nacen generalmente de una separación creciente de la economía financiera y de la economía “real”, que no es definible al margen de los conflictos sociales y de las intervenciones del Estado.

Más allá de esta ruptura, observa otra separación más amplia, entre el conjunto de las actividades económicas y la vida social, cultural y política, acentuada por la globalización, lo cual amenaza con destruir las instituciones donde se construyen las normas y los modos de las negociaciones sociales.

Touraine observa que cuando una crisis separa la economía del resto de la sociedad, los afectados se transforman ya sea en parados, excluidos o ahorradores arruinados, incapaces de reaccionar políticamente —lo que explica su silencio actual—, o en actores cada vez menos sociales y definidos más bien en términos universales, morales o culturales.

En este punto, el autor llega a lo que llama “el corazón del proyecto del libro”: comprender cómo los actores, que ya no son de tipo socioeconómico, y el sistema se separan cada vez más, y cómo la experiencia humana, sometida a la necesidad económica, es capaz de romper con ella, asignándose objetivos y constituyendo movimientos que se oponen a todas las lógicas económicas, en nombre de una apelación al “sujeto” humano, a sus derechos y a las leyes que los hacen respetar.

La obra también constituye una crítica al fracaso del pensamiento económico por su ausencia o debilidad de consideraciones sociológicas y a los Estados, los cuales intervienen actualmente para resolver la crisis que favorecieron ellos mismos, por el exceso de confianza que depositaron en la sabiduría de los mercados y los mercaderes.

Caracterización de la crisis

Fiel al materialismo histórico, el autor expone que la crisis actual, que estalló en 2007 —y alcanzó su punto más peligroso en septiembre de 2008—, no se transformó en una situación general, sistémica, de la economía occidental e incluso mundial, gracias a la intervención del presidente norteamericano Barack Obama, quien permitió al sector bancario recobrar su prosperidad. No obstante, advierte un peligro latente en el hecho de que las causas de la crisis no fueron eliminadas.

Afirma que para finales de 2010, mientras la mayoría de los continentes se encontraba en un periodo de fuerte crecimiento, Europa parecía condenada al estancamiento, y sus efectos se vieron multiplicados por la globalización económica y financiera. Para el autor, no hay posible solución interna a la crisis que ya no puede ser superada mediante reformas y un mejor control de las operaciones financieras. Para ello es necesario reconstruir todas las instituciones sociales y ponerlas al servicio de la *subjetivación* de los actores y del salvamento de la tierra, y ya no del beneficio basado en la especulación.

Lo más importante, añade, consiste en la reconstrucción de la vida social y en poner fin a la dominación de la economía sobre la sociedad, lo cual exige apelar al principio universal de los derechos del hombre (humanos). Ello debe engendrar formas nuevas de organización, de educación y de gobernanza, para ser capaces de originar una redistribución del producto nacional en provecho del trabajo, desde hace tiempo sacrificado al capital, y de exigir un respeto más real a la dignidad de todos los seres humanos.

Touraine señala dos escenarios donde puede desembocar esta crisis: El primero, caracterizado por el silencio social imprevisto de las víctimas, pero que también puede anunciar la formación de un movimiento violento a cargo de todos aquellos que la han padecido. El otro posible porvenir es la aparición de nuevos actores, que ya no sean sociales, sino más bien morales, que opongan los derechos de todos los hombres a la acción de quienes sólo piensan en incrementar sus beneficios.

Estructura y capitulado

El libro se integra de dos partes y nueve capítulos. En el primero, titulado “Más allá de la sociedad industrial”, señala que el proceso de la globalización del sistema económico debilita los instrumentos de intervención del Estado en un largo proceso de desinstitucionalización, e incluso debilita las categorías sociales, su jerarquía, sus conflictos y sus actores.

La noción de *sociedad*, asegura, se vuelve inútil e incluso nociva, a partir del momento en que esta separación entre los desafíos económicos o tecnológicos y las intervenciones sociales y políticas de cualquier orden se hace más o menos total.

En este apartado abunda sobre el porqué los conflictos principales ya no se dan en el sistema de producción, sino entre una economía globalizada y la defensa de unos derechos que deben ser directamente humanos, y no sólo sociales. La distancia creciente entre el mundo de los asalariados y el de los directivos ya no se corresponde más con un enfrentamiento de clases. Según observa, la “clase obrera” se ha diversificado y ha producido una separación creciente con las abundantes categorías de excluidos o marginales, a los que Robert Castel ha denominado “desafiliados”.

En el segundo capítulo que denomina “La crisis de la sociedad capitalista”, afirma que más allá del enriquecimiento personal se debe comprender las transformaciones que sufre actualmente la vida económica por los créditos que han desbordado cada vez más, en valor, aquellos bienes que garantizaban, y el caso de hipotecas *subprime* en Estados Unidos es ejemplar. Este desequilibrio basó la economía ya no en la tecnología y los métodos de producción y de difusión de productos nuevos o mejorados, sino en el éxito de operaciones cuyo ejemplo más célebre fue la devaluación de la libra inglesa bajo los ataques de George Soros.

En un primer momento, dice Touraine, la intervención del presidente y el secretario del Tesoro estadounidenses impidieron la quiebra de los bancos pero no la de los asalariados. La mayoría comprendió que la ayuda masiva de los Estados era indispensable para impedir una catástrofe sistémica, “aunque Joseph Stiglitz tuvo razón al reprochar al presidente Barack Obama que no se hubiera ayudado a los pequeños bancos, que tienen una influencia más directa sobre el empleo” (p. 39).

En la tercera unidad, “Caracterización de la crisis”, considera a ésta un “tsunami financiero” que vino precedido de muchas otras crisis que ponían en evidencia la fragilidad del sistema. Paralelamente, el autor observa que hay transformaciones experimentadas en el orden económico mundial. La primera y manifiesta es el papel cada vez más importante desempeñado por los grandes países emergentes, los BRIC: Brasil, Rusia, la India y China. El comercio mundial se ha reorganizado en torno a ellos. De hecho, dice, el G8 ha sido reemplazado por el G20.

Según el sociólogo, más allá de los datos cuantitativos, el cambio más relevante a destacar es la caída de los *executives* (directores generales). Los nuevos banqueros, lejos de hacerse cargo del desarrollo económico, provo-

caron el hundimiento del sistema bancario. Dicho de otra manera, lo que se consideraba hasta entonces el triunfo de la racionalidad económica, el cálculo financiero, fue desnaturalizado por los bancos al perseguir ante todo el incremento de sus beneficios, e incluso el enriquecimiento personal de sus directivos, como mostraron algunos grandes escándalos (entre ellos, el de los 50 mil millones de dólares llevado a cabo por Bernard L. Madoff, antiguo directorio del Nasdaq). Para el autor, ello es indicativo de que los bancos han creado un mundo financiero al margen de sus propias normas y de sus sistemas de control. Y fueron sus productos derivados los que “se engulleron” los capitales de los *hedgefunds* y las hipotecas *subprime*.

Frente a esto, afirma, las intervenciones masivas de los Estados permitieron la rápida recuperación de los beneficios de los bancos, evitando así una catástrofe al día siguiente de la quiebra de Lehman Brothers, pero no consiguió recomponer el sistema socioeconómico; e incluso, el presidente Obama, dice, “no pudo imponer a los bancos las reformas que consideraba indispensables” (p. 51).

En el capítulo cuarto, “La descomposición de la vida social”, Touraine habla de la derrota de la conciencia. Plantea que el entusiasmo de la elección de Barack Obama incrementó esperanzas de un cambio positivo; sin embargo, en una crisis como ésta, las intenciones y las metas de los personajes implicados cuenta poco.

Lo que resulta altamente visible es el silencio de los partidos y los sindicatos, principalmente europeos, cuya debilidad es que abandonaron la idea del progreso. No se trata, dice, de reconstruir el pasado donde debemos poner nuestras esperanzas, sino en nuestra capacidad de crear un mundo nuevo y para ello hay que sacar a la luz los factores que determinan la conciencia colectiva de vivir en el mismo momento histórico, así como la voluntad de cada cual de defender su propia identidad y, por lo tanto, su diferencia.

El quinto apartado, “El beneficio contra los derechos”, expone que cuando Barack Obama llegó al poder en enero de 2009 se encontró frente a una situación muy peligrosa: la crisis y la parálisis bancaria amenazaban con obstaculizar la economía productiva, asfixiada por la falta de créditos y de inversiones.

Algunos expertos, como el propio Joseph Stiglitz, reprocharon entonces al presidente Obama el haberse sometido a los intereses de los grandes bancos, aunque hubieran sido los responsables de la crisis y no hubieran querido siquiera considerar la reducción de los extraordinarios *bonus* que concedían a sus directivos.

Además, como los grandes bancos y las grandes empresas ayudadas satisfacieron rápidamente sus deudas por miedo a ser nacionalizadas, estos préstamos masivos produjeron intereses capaces de permitir al gobierno la ayuda a los pequeños bancos locales que financiaban las Pymes y el mantenimiento del empleo.

Según Touraine, Stiglitz fue de los escasos economistas que previó la gran crisis que culminó en 2008. Identificó a los actores y, por lo tanto, a los responsables y condenó con fuerza a Barack Obama, a quien se le consignó la tarea de recuperar la economía, lo cual no consiguió porque su gobierno permaneció prisionero de la dominación de los financieros, cuyos graves errores movilizaron todos los recursos del Estado y que pronto retomaron su juego mortal como Alan Greenspan y Ben Bernanke. En este punto, el sociólogo francés se pregunta: “¿Por qué el Congreso, los intelectuales, los medios de comunicación y los sindicatos no dieron la voz de alarma? (p. 78).

El propio Touraine responde la interrogante en el sentido de que “la razón de este silencio y de estos errores es que los grandes principios y las ideas justas no tienen mucha importancia, frente a los actos que deleitan a la población, feliz de vivir por encima de sus medios y llena de orgullo ante la idea de dominar al mundo, mientras participaba desde hacía tiempo en la explosión de la nueva burbuja, la de las hipotecas *subprime*, y estaba poniendo la mecha” (*Ibid*).

En su crítica a los economistas, el sociólogo francés coloca en el centro del análisis la idea de que, en situaciones dominadas por la globalización, el único principio sobre el que puede edificarse una organización social no es el individuo y sus necesidades, sino el sujeto portador de derechos. Sólo el sujeto consciente de sus derechos puede oponerse a la omnipotencia de la globalización y al neoliberalismo que sometió a la economía y a los seres humanos al mercado, esa instancia que se supone más racional que las decisiones emanadas de las personas y de las instituciones.

En la segunda parte del libro, el autor quiere contribuir a la devolución de la esperanza. Aborda las formas que podría adoptar el nuevo tipo de sociedad capaz de permitirnos escapar de la catástrofe. No sin antes realizar un repaso crítico a los economistas y políticos que administraron la crisis.

En el capítulo sexto, denominado “Hipótesis”, lanza una serie de supuestos y plantea tres falsos: El primero, el retorno al *statu quo ante*, por ende, al *business as usual*. El segundo, un debilitamiento duradero de todos los actores sociales e incluso del Estado, en una situación dominada por la desorganización económica. El tercero (que denomina de Tocqueville) tiene por ló-

gica “en el caso de que se recomponga la situación veremos aquí y allá fuertes movimientos reivindicativos y propuestas más positivas de construcción de un nuevo tipo de vida social” (p. 84). Ninguna de esas hipótesis cree en la reconstrucción de las sociedades industriales ni en sus objetivos productivistas apoyados en nuevas tecnologías, ni en un papel central reservado a las grandes empresas y a los sindicatos reconstruidos y provistos de nuevos métodos de negociación colectiva.

En una cuarta hipótesis difícil de formular, porque postula la construcción de un nuevo sistema de actores, todavía imposible de describir, plantea el paso a una nueva sociedad que implica la transformación de las instituciones actuales. Pero sin ningún proyecto social y político para definir nuevos equilibrios, la única respuesta espontánea al triunfo de la economía globalizada sería un comunitarismo defensivo, que ya no será definido en términos de relaciones sociales, sino de repliegue en una identidad religiosa, nacional o étnica. Este comunitarismo, advierte, podría adoptar la forma (limitada) del proteccionismo económico.

El capítulo séptimo trata sobre “La situación postsocial”. Expone que por primera vez en la historia, el mundo de la producción, los bancos y las tecnologías está separado del mundo de los actores. Éstos ya no pueden definirse por sus funciones o sus estatus económicos. Esta separación marca el final de un periodo muy largo que ha estado caracterizado por la concepción “socioeconómica” de las ciencias sociales. Los actores ya no pueden ser analizables desde su papel social, porque su legitimidad procede de más arriba. Proviene de lo que define al sujeto humano, es decir, de los derechos.

Expone que el paso a la situación postsocial no se opera por sí mismo y se estructura en tres etapas. Primera, los nuevos actores *ya no son sociales* y deben identificarse con la defensa de derechos de alcance universal; para ello deben poseer una conciencia muy fuerte de sus derechos y de aquello que los amenaza. Segunda, deben coincidir en una casa común que es la ciudadanía. Tercera —que sigue siendo la más difícil de describir—, es la etapa del descenso desde las alturas del sujeto hasta el vasto mundo de las conductas y de las relaciones sociales.

En la octava unidad: “Aparición de los actores no sociales”, plantea que el punto fundamental es reconocer que los actores ya no están motivados por sus intereses sociales y económicos, sino por la voluntad de defender sus derechos, es decir, de basar su deseo de libertad y de justicia en la necesidad de reconstruir las instituciones capaces de controlar la vida económica en nombre de los principios de origen moral.

El capítulo noveno habla sobre “Nuevas instituciones sociales y políticas”, y el retorno a lo social. Aquí, Touraine parte con una interrogante: ¿Cómo transformar un principio universal —el sujeto, los derechos humanos— en formas de organización y de relaciones sociales? Para ello hay que apelar al sujeto, la única fuerza que puede pretender igualar el juego con el poder del mundo económico, pero cuya acción sólo puede ser efectiva si se transforma su universalismo en leyes y regulaciones capaces de paralizar la marcha arrolladora del egoísmo económico.

El tránsito del principio supersocial que funda el universalismo de los derechos humanos (derecho al conocimiento, al respeto y a la capacidad creadora) a las prácticas, supone que la conciencia de los nuevos actores sobre los derechos humanos sólo es accesible en la medida en que la sociedad disponga de una gran capacidad de transformarse a sí misma, es decir, si posee una fuerte *historicidad*.

Cinco hipótesis sociológicas sobre el futuro de la crisis

Touraine coloca en la mesa la disyuntiva humana, a través de cinco enunciados hipotéticos, como cursos de acción de los actores en la actual crisis:

- El primero se apoya en la idea de que nuestro primer objetivo debe ser la reconstrucción de una sociedad en la que *los líderes de la economía se vean obligados por el Estado a tener en cuenta las reacciones y los intereses de la población*. No vislumbra la posibilidad de resolver los problemas por la vía de la negociación.
- En la segunda hipótesis traza la imposibilidad de regresar al pasado, ya que la crisis ha sido desencadenada por conductas que han dado la espalda a una gestión racional. Las sociedades industriales, dice, han sido heridas de muerte. *No es posible devolverles la vida*.
- Como tercer supuesto plantea que nuestra *única elección* es: o nos abandonamos a las crisis hasta la catástrofe final, o construimos un *nuevo tipo* de vida económica y social. No tenemos que elegir entre el presente y el pasado, sino entre una serie de crisis y un proyecto de construcción de nuevas relaciones sociales y de nuevas *instituciones*.
- En su cuarta y más importante hipótesis expone que a un universo económico cada vez más globalizado, la única fuerza de defensa posible debe colocarse por encima de la realidad económica y social, a un nivel al menos igual a aquel donde se ha formado el sistema económico global, que ninguna fuerza social o política pueda alcanzar. Se trata de la apelación a

los derechos universales de todos los seres humanos, es decir, derecho a la existencia, a la libertad, al reconocimiento por los otros de esta libertad, y al mismo tiempo a las identidades sociales y culturales amenazadas por el mundo inhumano del beneficio.

- La quinta sustenta la necesidad de transformar lo más rápidamente posible la idea general de respeto por los derechos humanos en nuevas formas, vivas y no sólo jurídicas, de relaciones sociales. Debemos también renovar, dice, los movimientos femeninos y la defensa de un desarrollo sostenible.

La idea con la cual cierra este trabajo es que, dado que una crisis económica es ante todo la ruptura entre un sistema económico y un sistema social, es decir, entre las relaciones sociales orientadas hacia algunas finalidades y las mantenidas en funcionamiento mediante intervenciones públicas, la respuesta más eficaz a una crisis es *la reconstrucción de las relaciones entre los actores económicos, y la formulación de sus valores comunes y de nuevas intervenciones públicas*. Con ello, desde nuestro punto de vista, Touraine renueva la idea de la presencia del Estado como eje de la recomposición de lo social en esta crisis global de la economía, causada por la permanente búsqueda del beneficio que caracteriza al capitalismo financiero.

Mercedes Verdugo López. Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma de Sinaloa, donde se desempeña como profesora investigadora de tiempo completo; es investigadora nacional SNI I. Realizó estancia posdoctoral en la Unidad de Posgrado de la FCPyS de la UNAM y ha realizado estancias de investigación sobre Estudios Urbanos como becaria del Instituto de Investigaciones Urbanas y Territoriales en Granada, España. Es integrante del Cuerpo Académico en Consolidación “Redes sociales y construcción de espacio público”, de la Red de Investigadores de Gobiernos Locales Mexicanos (IGLOM) y del Colegio de Egresados del Doctorado en Ciencias Sociales de la UAS. Líneas de investigación: estudios sobre democracia, sociedad civil y gobernanza urbana. Publicaciones recientes: “Gobernanza urbana y utilización de TIC. Indicadores de la democracia local en México”, en *Revista Electrónica Vox Localis*, Unión Iberoamericana de Municipalistas (UIM), Granada, España (2012); *Participación ciudadana y representación política. Sinaloa en el Siglo XXI*, México: Ed. UAS-Jorale, editado en 2012, en impresión; *Estructura, funcionamiento y calidad de la representación política municipal en México*, Granada, España: Ed. Instituto de Investigaciones Urbanas y Territoriales (IUT), Unión Iberoamericana de Municipalistas [actualmente se encuentra en edición para publicarse en 2013].